

sabia estimular al simple soldado, que velaba incessantemente porque no faltasen al ejército dinero, armamentos ni víveres, y que ansiaba el momento de ver plantada la cruz en todos los dominios españoles, no dejaba que sufriese la campaña sino las interrupciones indispensables. Fiel intérprete de sus pensamientos el rey Fernando, que muchas veces había ya dirigido en persona las operaciones, salió de Córdoba la primavera siguiente (5 de abril, 1485) al frente de veinte mil infantes y hasta nueve mil caballos. Indulgente Fernando con los vencedores una vez rendidos, pero duro é inexorable con los que faltaban á las capitulaciones, hizo un escarmiento cruel con los moros de Benamejí, que despues de haberse declarado mudejares ó vasallos de Castilla habían faltado á su palabra y rebeládose de nuevo. Asaltada la villa y entregada á las llamas, llevó su desapiadado rigor al extremo de hacer colgar de los muros á mas de ciento de sus principales moradores, despues de reducir á esclavitud el resto de la poblacion, hombres, mugeres y niños (1).

Sin perder momento pasó á cercar la villa de Coin, y no tardaron sus baterías en aporillar y demantelar una parte de las murallas. Pero el terrible Hamet el Zegrí, seguido de un escuadron de sus li-

(1) Bernald., Reyes Católicos, c. 76.—Lebrija, Rer. Gestar., Decades, II., lib. IV.—Abarca, Reyes de Aragon, tom. II., Rey don Fer-

nando.—Banamaquex llama Pulgar á esta poblacion, y Prescott la nombra Benemaquez.

geros y atezados africanos, rompió animosamente las filas de los sitiadores, y atropellando ginetes y peones cristianos logró penetrar en la plaza y reanimar su desalentada guarnicion. Un fogoso castellano, el capitán Pedro Ruiz de Alarcon, que tuvo la temeridad de entrar con su compañía por la brecha hasta la plaza de la villa, se vió envuelto en una nube de dardos y de piedras que de todas partes le arrojaban, y sobre todo por los aceros de los feroces Zegríes, que se cebaron en acuchillar á toda la compañía. «Retiraos, le decia á Pedro Ruiz uno de los pocos que quedaban, viéndole defenderse de una turba de moros.—No entré yo aqui, contestó el castellano, á pelear para salir huyendo.» Sucumbió á fuerza de heridas aquel capitán valeroso. Pero la artillería seguía derribando muros y casas, y los moros tuvieron que capitular, si bien arrancando la condicion de asegurar sus vidas y personas. Con aire arrogante y soberbio salió Hamet el Zegrí al frente de sus africanos por entre las filas cristianas, mirando como con altivo desden á sus enemigos. A la rendicion de Coin siguió la de Cártama, que habia sido batida simultáneamente, y tal vez hubiera Fernando intentado un golpe sobre la misma Málaga, si tan oportunamente no se hubiera presentado con tropas de Granada el activo Abdallah el Zagal.

Pero en cambio otra empresa mas ruidosa y tal vez mas importante y no menos digna se le deparó

al ejército cristiano. Ronda, la capital de la Serranía de su nombre, situada en país fragoso sobre una roca cortada por un tajo formando á sus pies un abismo, defendida por otra parte con torreones y castillos fabricados sobre peña viva; ciudad tan fortalecida por la naturaleza que parecía hacer supérfluas todas las fortificaciones del arte, se miraba como inaccesible y se hallaba por esta misma causa casi desamparada, según aviso secreto que de ello tuvo el marqués de Cádiz, empleados los moros de la Serranía en correr con Hamet el Zegrí las campañas de Medina-sidonia. Aprovechando tan propicia ocasion destacó inmediatamente el rey Fernando al mando del marqués un cuerpo de ocho mil peones y tres mil caballos con la artillería que habia servido para batir á Coin y Cártama, distrayendo él las fuerzas enemigas con un simulado ataque sobre Loja para dar lugar á que fuesen trasportados los cañones y lombardas. Logrado este objeto, revolvió haciendo un rodeo sobre Ronda, cuyos habitantes se vieron sorprendidos con la aparicion inopinada del ejército cristiano que circundaba sus riscos y torreones, y se estendia por los desfiladeros de sus montañas. Halláronse en el cerco, además del rey, el marqués de Cádiz, el adelantado de Castilla, el conde de Benavente, con las milicias de Córdoba, Ecija y Carmona, y muchos castellanos, los maestros de Alcántara y de Santiago con los caballeros de sus respectivas órdenes. Comenza-

ron á jugar las baterías por tres diferentes puntos, y al cuarto dia habian desalmenado ya algunas torres y aportillado la muralla. En vano los defensores, acaudillados por el alguacil mayor, procuraban resistir al abrigo de empalizadas formadas en las calles. Mientras los soldados del conde de Benavente y del maestro de Alcántara penetraban á cuerpo descubierto por la brecha, y avanzando por las calles las desembarazaban de los maderos y faginas que las obstruian, vióse con sorpresa y admiracion á un caballero cristiano que, protegido por algunos de sus compañeros, habiendo escalado una casa se iba encaramando de tejado en tejado hasta plantar su bandera sobre la cúpula de la mezquita principal. Este intrépido guerrero era el alférez don Juan Fajardo. Asombrados los moros con este acto de inusitado arrojo y con la gritería de todo el ejército, se refugiaron despavoridos al alcázar ⁽¹⁾.

Dueños eran ya los cristianos de la ciudad, cuando acudió Hamet el Zegrí con sus montañeses en socorro de los rondeños, pero detenido en las angosturas de la Sierra por las compañías que guardaban aquellos pasos, tuvo que detenerse y oír mal de su grado el

(1) Esta conquista de Ronda, á 1487 no ocurrió ni un solo sitio ni una sola hazaña militar de gran momento. «No siege or single military achievement of great moment occurred until nearly four years from this period, in 1487.» *History of the reign of Ferdinand and Isabella, part. I., chap. 44.*

orgullosa capitán moro el estruendo de las lombardas y el estrépito de los torreones del alcázar de Ronda que caían desplomados. Las ruinas de la fortaleza, la escasez de agua y de víveres, los lamentos de las víctimas, el llanto de las mugeres y de los niños de la ciudad, los ruegos de los ancianos, todo movió á aquellas apuradas gentes á enarbolar bandera de parlamento y á ofrecer la rendición con tal que se les diera seguro de vidas y haciendas, y permiso para trasladarse á Africa, á Granada, y aun á Castilla para vivir en este último reino como mudejares. Fernando con su acostumbrada política en tales casos aceptó las condiciones, añadiendo la de que habían de entregársele todos los cristianos cautivos (mayo 1485). En su virtud los moros mismos sacaron de las mazmorras y le presentaron hasta cuatrocientos infelices, macilentos, demacrados y medio desnudos, muchos de ellos encerrados allí desde la catástrofe de la Ajarquía. Como testimonio glorioso de su triunfo los envió el rey Fernando á Córdoba; á la vista de aquellos esqueletos vivientes se conmovieron con melancólica alegría las entrañas de la piadosa Isabel, que después de darles á besar su mano y de consolarlos como una madre, mandó que inmediatamente se les suministrara alimentos y vestidos, y se les facilitasen recursos para que fuesen á reponerse en el seno de sus familias ⁽¹⁾.

(1) Según algunos escritores, las cadenas en que habían estado

Convertidas en templos cristianos todas las mezquitas de Ronda, comisionado el alcalde de corte don Juan de Lafuente para deslindar las casas sin dueño y las heredades baldías de las poblaciones ganadas que habían de distribuirse entre los conquistadores, castigados ejemplarmente por el rey algunos soldados que se propusieron á maltratar á las mugeres moras ó á ultrajar á los rendidos, evacuada la ciudad por los sarracenos, los unos para emigrar á Africa, los otros para establecerse como mudejares en las aldeas de la montaña, recibida la sumisión de mas de sesenta alcaldes de las fortalezas y lugares de la sierra que llenos de pavor imploraban la clemencia del monarca cristiano, avanzadas las líneas de frontera algunas leguas mas adelante, reparados algunos castillos y nombrados los gobernadores de cada punto, el rey Fernando regresó á Córdoba (julio) á recibir los plácemes y el cariño de la afectuosa reina y las aclamaciones del pueblo enloquecido con los resultados de tan brillante campaña ⁽¹⁾.

Proseguían en tanto las discordias que destruían entre sí á los moros. Las derrotas que iban sufriendo no hacían sino exaltar mas al ya harto irritado pueblo granadino, que á pública voz maldecía á

aherrojados estos infelices son las sen de trofeo y perpétua memoria que enviaron los monarcas católicos á la posteridad.
 (1) Pulgar, Cron., part. III., la fachada del convento de San c. 44 á 47. Juan de los Reyes para que sirvie-

sus gobernantes y les imputaba todos sus infortunios. Un día un sábio alfaquí, llamado Maser, hombre de grande autoridad en las juntas populares, viendo anonadados los partidos del padre y del hijo, de Muley y de Boabdil, habló al pueblo de esta manera: «¿Qué furor es el vuestro, ciudadanos? ¿Hasta cuándo sereis tan desacordados y frenéticos que por las pasiones y codicias de otros os olvideis de vosotros mismos, de vuestros hijos, de vuestras mugeres y de vuestra patria? ¿Cómo así quereis ser víctimas, los unos de la ambición injusta de un mal hijo, y todos de dos hombres sin valor, sin virtud, sin ventura y sin cualidades de reyes? Si tanta ilustre sangre se derramára peleando contra nuestros enemigos y en defensa de nuestra cara patria, nuestras banderas llegarían como en otro tiempo victoriosas al Guadalquivir y al apartado Tajo..... No falta en el reino algun héroe, y esforzado varón, nieto de nuestros ilustres y gloriosos reyes, que con su prudencia y gran corazón pueda gobernarnos y conducirnos á la victoria contra los cristianos. Ya entenderéis que os hablo del príncipe Abdallah el Zagal, walí de Málaga, y terror de las fronteras cristianas.»—Al oír estas últimas palabras, todos gritaron á una voz: «Viva Abdallah el Zagal, viva el walí de Málaga, y sea nuestro señor y caudillo⁽¹⁾.» Noticioso de esta disposición del pueblo,

(1) Conde, p. IV., c. 37.

el anciano y achacoso Muley reunió su consejo y abdicó el trono en favor de su hermano. Inmediatamente partieron embajadores á Málaga á llevar al Zagal la nueva de su proclamación. Viniendo éste camino de Granada con su amigo el valiente Reduan Venegas, encontró en una pradera de Sierra Nevada á unos ciento veinte cristianos que descuidadamente al pie de un arroyo gozaban de la frescura de unas alamedas. Eran caballeros de Alcántara, que de Alhama habían salido á hacer una escursión de orden de su gobernador el clavero don Gutierre de Padilla. El Zagal cayó impetuosamente sobre ellos, y degollados todos sin que se salvára ninguno, entró en Granada orgullosamente con su escuadrón, ostentando los ginetes las lívidas cabezas de los cruzados cristianos que de los arzones de sus sillas llevaban colgadas. Escusado es decir con cuánto aplauso recibirían al nuevo emir los moros granadinos⁽¹⁾.

Otro triunfo ganado á poco tiempo (3 de setiembre) por Reduan Venegas á las inmediaciones de Moclin sobre una hueste de caballeros é hidalgos capitaneados por el conde de Cabra, en que este noble caudillo á duras penas pudo salvarse herido, y en cuya gente se cebaron las lanzas moriscas, acabó de acreditar entre los moros el gobierno de su nuevo soberano el Zagal. La pena que la reina Isabel sintió

(1) Bernaldez, c. 76.—Conde, c. 10. En esta catástrofe se llamó el *Llanillo de la Matanza*.

por el desastre de Moclin, se templó algun tanto con las conquistas de Cambil y Alhabar en la frontera de Jaen, debidas á los certeros ataques de la artillería dirigida por el ingeniero Francisco Ramirez de Madrid, y con la de otra fortaleza junto á Alhama, hecha por los caballeros de Calatrava capitaneados por el clavero Padilla. Con esto vinieron ya mas consolados los reyes al reino de Toledo, donde los llamaban asuntos pertenecientes al gobierno del Estado.

El viejo Muley Hacen, que despues de la forzada abdicacion se habia retirado sucesivamente á Illora, á Almuñecar y á Mondujar, en busca de distraccion y de salud, sin que bastáran ni la tranquilidad del desierto, ni el aire puro de la montaña, ni el aroma de deliciosos jardines á hacerle recobrar aquellos dos bienes, acabó al fin la carrera de sus dias en los brazos de la sultana Zoraya y de sus dos hijos Cad y Nasar ⁽¹⁾. Hallábase á la sazón en Córdoba su hijo Boabdil el Chico, á quien lejos de apesadumbrar la muerte del que habia mirado siempre mas como enemigo que como padre, le infundió esperanzas de recobrar el trono. La sultana Aixa su madre, á fin de

(1) El Cura de los Palacios dice que su cuerpo, llevado á Granada en una humilde mula, fué enterrado por dos cautivos cristianos en el cementerio de los reyes. Pero el moderno historiador de Granada, Lafuente Alcántara, refiriéndose á la tradicion del pais y á una obra manuscrita de don Francisco

Córova y Peralta, titulada *Historia de las montañas del Sol y del Aire*, dice que se mandó enterrar y que fué realmente enterrado en el cerro mas alto de Sierra Nevada, y que aun conserva el nombre de *Pico de Mulhacem* la magestuosa cumbre de aquella sierra.—*Hist. de Granada*, tom. III., c. 47.

desacreditar y hacer odioso al Zagal que quedaba reinando en Granada, hizo con su acostumbrada malicia cundir la voz de que un filtro suministrado por éste era el que habia puesto término á los dias de Muley. La calumniosa especie no fué difundida en vano entre los suspicaces moros; los partidos se enconaron de nuevo, y los hombres pensadores y enemigos de disturbios se estremecian á la sola idea de que pudieran reproducirse las trágicas escenas que habian hecho correr tanta sangre por las calles de Granada. En tal situacion se discurrió y fué adoptado como un pensamiento feliz, y como el único medio de conciliar las pretensiones del tio y del sobrino, dividir entre los dos el reino; que el Zagal imperaría en las ciudades de Almería, Málaga, Velez, y en el territorio de Almuñecar y la Alpujarra, donde habia ejercido mandos y cuyo pais le era generalmente devoto y adicto; y que Boabdil dominaría la parte limítrofe á las fronteras cristianas, que se suponía habrían de ser mas respetadas por sus relaciones con los reyes de Castilla: los dos soberanos residirían simultáneamente en Granada, aposentado el Zagal en el alcázar de la Alhambra, Boabdil en el palacio del Albaicin.

La intencion con que cada uno de ellos suscribió al convenio, y los resultados que produjo los veremos en otro capítulo.